

Reseña del libro

Manual sobre terrorismo de Estado en Argentina

Grünberg, A. F. (2024). *Manual sobre terrorismo de Estado en Argentina*. Buenos Aires: Editorial Octubre.

*Por Daniel González Stier**

1. Introducción

La memoria no se construye ni se mantiene viva de brazos cruzados. Requiere de nuestras acciones cotidianas para no olvidar y, sobre todo, para no repetir las atrocidades del pasado. Adrián Grünberg canalizó esas acciones cotidianas a través de esta obra que explica de forma clara, sintética y cruda qué fue el terrorismo de Estado en la Argentina, cuáles fueron sus acciones y cómo se inscribió en la idiosincrasia y en la cotidianidad de la sociedad argentina antes, durante y después de la dictadura genocida que se extendió desde el 24 de marzo de 1976 hasta el 10 de octubre de 1983.

En la introducción a su obra, Grünberg se propone a sí mismo

que los dolorosos y terribles sucesos padecidos por nuestro pueblo puedan ser conocidos, principalmente, por las jóvenes generaciones [...] en estos tiempos en que reaparecen discursos negacionistas que pretenden, por distintos medios, tergiversar la verdad, forzar una contramarcha de la justicia y pisotear la dignidad de la memoria.

* Abogado (UBA). Magíster en Derechos Humanos y Sistemas Penales Internacionales (UBA). Profesor de grado y posgrado. Miembro de la Asociación Internacional de Especialistas en Genocidio y de la Asociación Argentina de Profesores y Profesoras de Derechos Humanos.

Lamentablemente las atrocidades del terrorismo de Estado en la Argentina son poco analizadas o mal explicadas en nuestros sistemas de educación formal. Como muestra de ello basta observar la facilidad con la que los discursos negacionistas (y/o reivindicadores) de la dictadura, sus ideas o sus métodos, han proliferado entre los más jóvenes seguidores del actual presidente quien, en su campaña, calificó como “excesos” lo que nuestros tribunales llamaron genocidio o crímenes de lesa humanidad y como “guerra” al terrorismo de Estado, incluso citando casi textualmente la defensa enarbolada por los miembros de las Juntas cuando fueron juzgados por sus crímenes en la década de 1980.

Esta obra viene a contar con claridad cuál fue el plan de las Fuerzas Armadas para desplegar la violencia como sistema de gobierno, de control y de penetración ideológica, sus antecedentes, sus preparativos, sus métodos y sus consecuencias.

Quienes hemos indagado sobre los detalles criminales del accionar de la dictadura debemos recurrir a distintas fuentes, informes internacionales, libros y declaraciones de los protagonistas, documentales, documentación y miles de páginas de sentencias judiciales que permiten conocer qué pasó, quiénes fueron los perpetradores, con qué apoyo contaron, cuáles fueron las redes de violencia y corrupción que desplegaron y cuál era la finalidad ideológica, social y económica del gobierno. Grümberg concentra esa información en poco más de trescientas páginas que incluyen un glosario de términos y números relevantes para comprender las acciones y el contexto de la dictadura.

2. La estructura del libro

La obra se ordena de forma tal que comienza con el golpe de Estado y las primeras medidas adoptadas por la dictadura (Capítulo I: Quién fue), luego explica cuáles fueron los antecedentes que dieron forma a las ideas políticas, económicas y sociales que pretendió imponer la dictadura (Capítulo II: Por qué pasó) y sigue con el contexto social determinado por la puja entre las luchas populares por los derechos sociales y la represión ensayada en otras dictaduras y democracias previas (Capítulo III: Cómo se llegó). Luego define qué fue el terrorismo de Estado (Capítulo IV) y cómo se organizaron las diferentes atrocidades cometidas en razón del plan que las contenía y sistematizaba (Capítulo V: De qué modo lo hicieron). Finalmente tiene un detalle de las diferentes colaboraciones con las que contó la dictadura para ejecutar su plan de gobierno criminal (Capítulo VI: Con qué auxilio fue posible) y una referencia al despliegue internacional y el acuerdo de la dictadura con otros gobiernos de Latinoamérica, fundamentalmente a través del Plan Cóndor (Capítulo VII: Dónde ocurrió).

Esa estructura resulta interesante porque el libro no se limita a una exposición descontextualizada de los crímenes, sino que permite entender que no fueron una acción espontánea o aislada ni excesos de agentes perversos descontrolados de las Fuerzas Armadas y de las Fuerzas de Seguridad, sino que respondieron a una planificación orquestada internacionalmente y muy bien planificada.

3. Un análisis del contenido

El primer capítulo del libro expone los motivos esgrimidos para la planificación del golpe de Estado: luchar contra la subversión para lograr el orden y la seguridad nacional, erradicar la especulación y la corrupción generalizada y permitir el desarrollo económico.

A excepción de la lucha contra la subversión, que en su versión moderna se podría asimilar con el slogan de la “lucha contra la inseguridad”, el resto de los argumentos se han reiterado en las campañas electorales de la democracia y, curiosamente (o no), desde aquellos tiempos en los que se instauró la dictadura ha aumentado progresivamente la pobreza acompañada de inseguridad, la especulación financiera, la corrupción pública y privada y todo ello atentó, en general, contra el desarrollo económico del país.

En el caso particular de la dictadura, la violencia se multiplicó a partir del ejercicio del terrorismo de Estado que se había iniciado con la creación de la Alianza Anticomunista Argentina (conocida como la “Triple A”), organizada originalmente por López Rega durante el gobierno de María Estela Martínez “Isabelita” Perón.

Frente a ese cuadro, la obra evidencia las verdaderas intenciones de la dictadura explicando que, a través de la redacción del Estatuto para el Proceso de Reorganización Nacional se derogó, *de facto*, la Constitución Nacional. Además, la Junta de Gobierno liderada por Jorge R. Videla disolvió el Congreso Nacional, reemplazó a los jueces de la CSJN, al PGN y removió a todas las autoridades provinciales y municipales de los tres poderes del Estado.

A su vez, las restricciones a la libertad de los argentinos y a la democracia quedaron expuestas porque “los militares suspendieron la actividad de los partidos políticos, así como las actividades gremiales de los sindicatos y, por supuesto, prohibieron las huelgas o cualquier otra medida de protesta laboral”.

Además, el autor expone expresamente que

una de las finalidades principales del golpe fue imponer un modelo económico-social en favor de los sectores más poderosos, basado en la desindustrialización y en diversas formas de transferencia de los recursos del Estado al capital concentrado, lo que provocó una profunda afectación de la clase trabajadora, con el aumento de la desocupación, la precarización de las condiciones laborales y una generalizada disminución de los salarios [y que] prevaleció la especulación financiera por sobre la actividad productiva, admitiendo la libre importación de mercaderías del extranjero; durante su gestión se multiplicó abismalmente la deuda externa y, al mismo tiempo, se facilitó la fuga de capitales.

El libro contiene una descripción concisa de la Doctrina de la Seguridad Nacional desplegada ideológicamente desde los Estados Unidos de América que, en la Argentina, significó la inclusión del comunismo como enemigo interno, pese a que en nuestro país “no existió una masiva militancia co-

munista o marxista que pudiera verdaderamente poner en riesgo el sistema y, mucho menos, el modo de vida occidental y cristiano”, por lo que el autor deduce fácilmente que se trató de “una pantalla para desangrar el verdadero objetivo, que fue todo movimiento u organización que tuviera vertientes contestatarias o combativas, ya fueran de cariz político, estudiantil, religioso o sindical”.

También expone un detalle de la relación entre las Fuerzas Armadas de Argentina y de Francia en la formación y práctica de las técnicas atroces desplegadas por la dictadura, incluyendo la inteligencia interior, los asesinatos encubiertos, los vuelos de la muerte, la regionalización del territorio nacional y las acciones psicológicas sobre la población.

Así, explica cómo la Doctrina de la Seguridad Nacional sirvió como base ideológica y militar para reprimir toda resistencia a la implementación del objetivo social y económico de la dictadura.

Esa Doctrina y sus repercusiones represivas se venían implementando paulatinamente por los gobiernos instaurados en los distintos golpes de Estado que sacudieron a la política argentina desde 1955 (1955-1958, 1962-1963 y 1966-1973) y el golpe de 1976 exhibió su faceta más sangrienta, además de acelerar la implementación de la política social y económica que acompañaba al terrorismo de Estado.

Grünberg se ocupa de brindar un detalle crudo de los objetivos del plan criminal de la dictadura y de los crueles métodos utilizados. Aquí reside el principal valor de la obra porque permite comprender el desarrollo paralelo de la violencia y del plan económico que condujo a la reducción de la clase media, el deterioro del Estado, la destrucción de la pequeña y mediana industria nacional y la concentración del capital en los grandes empresarios y los especuladores financieros.

Explica el autor que

los ataques y persecuciones contra gran parte de la población provenían de la organización criminal que se diseñó y conformó en la estructura estatal, concretamente a partir de las Fuerzas Armadas, de las demás fuerzas de seguridad y de los organismos de Inteligencia. Así, puede afirmarse sin lugar a dudas que ello aumentaba extraordinariamente su poder ofensivo y acentuaba la vulnerabilidad de las víctimas, pues aquellos agentes de la represión contaron con plena libertad para actuar con métodos criminales y clandestinos sabiendo que tenían asegurada la impunidad.

Además, “se incluyó como ‘blanco’ a toda persona que, aun por fuera de cualquier grupo o colectivo, pretendiera obstaculizar de cualquier modo el alegado proceso de ‘recuperación’ del país”.

La estructura y el objetivo criminal se reflejan claramente en una cita al General Saint Jean, designado como gobernador *de facto* de la Provincia de Buenos Aires quien, en 1977, dijo “Primero vamos a matar a todos los subversivos, después a sus colaboradores, después a los simpatizantes, después a los indiferentes y, por último, a los tímidos”.

La obra contiene, luego, una descripción de la secuencia represiva desplegada contra las víctimas del terrorismo de Estado: i) despliegue de los servicios de inteligencia para identificar personas sospechosas, ii) captura de los sospechosos, iii) traslado a los centros clandestinos de detención y tortura, iv) interrogatorio bajo tormentos y torturas para obtener información e identificar a otros posibles sospechosos, v) sometimiento de los secuestrados detenidos/desaparecidos a condiciones inhumanas para quebrar su resistencia moral, vi) clandestinidad de las operaciones y anonimato de los autores, y vii) libertad de acción a los cuadros inferiores para determinar el destino de los secuestrados, que podía implicar recuperar la libertad, permanecer en situación de detenido/desaparecido, puesto a disposición el Poder Ejecutivo Nacional, someterlo a un proceso militar, obligarlo al exilio o exterminarlo.

Esa operatoria causó un temor generalizado y formó parte del modo en que el gobierno logró anular cualquier intento de resistencia mientras ejecutaba su plan económico.

El libro detalla particularmente cada una de las acciones terroristas desplegadas por el gobierno y explica en qué consistieron los secuestros, las torturas y las condiciones inhumanas de detención, la situación de los presos políticos en las cárceles comunes, los abusos sexuales, las prácticas de despersonalización, la maquinaria de muertes y desapariciones ocurridas inmediatamente después de los “operativos” o luego del secuestro, alojamiento y tortura en centros clandestinos de detención, la sustracción y apropiación de bebés, niñas y niños, y la rapiña consistente en los delitos contra la propiedad de las personas secuestradas.

Todas esas acciones aparecen descritas y reconstruidas a través de las declaraciones de las víctimas sobrevivientes y de las sentencias judiciales que han condenado a sus autores.

Uno de los aspectos más interesantes del libro de Grünberg radica en la descripción del sistema de inteligencia y de las acciones psicológicas desplegadas por la dictadura, porque da la pauta del nivel de organización criminal del Estado durante la vigencia del gobierno militar y, con ello, acredita la existencia de un plan sistemático elaborado desde las más altas esferas de poder para ser ejecutado en cada rincón de la Argentina.

Detalla las normas militares vigentes en materia de inteligencia que legitimaban la tortura como mecanismo para obtener información y exhibe un esquema del sistema de inteligencia compuesto por Grupos de Tareas, la inteligencia del Ejército, de la Armada, de la Fuerza Aérea, de la Policía Federal y la SIDE, además de la estructura interna de cada una de esas fuerzas, todo ello coordinado con otros sistemas de inteligencia internacionales a través del Plan Cóndor. Toda esa red funcionaba para detectar posibles sospechosos para ser sometidos a la secuencia represiva ya descrita.

Ahora bien, la inteligencia no solo operaba para detectar “sospechosos”, sino que el gobierno montó un sistema de “acción psicológica” muy bien explicado y detallado en el libro. Esto incluía el uso de propaganda, la censura de las opiniones disidentes y la cooptación de los medios de comunicación, a tal punto que las conductas “prohibidas” en los medios de comunicación eran sancionadas con penas de hasta diez años de cárcel, con el agravante de no haber establecido específicamente cuáles eran las conductas prohibidas.

Sobre el punto, el autor destaca un extracto del informe de la CIDH luego de su visita al país en 1979 en el que señaló que “el estado de la información pública no ha permitido que dentro del mismo país exista una conciencia generalizada de las implicaciones de lo ocurrido”.

Resulta difícil hablar de las acciones psicológicas de la dictadura sin adentrarse en el análisis de la relación entre la sociedad argentina y el fútbol, y la forma en que eso fue aprovechado por la dictadura.

Grünberg aborda la cuestión desde las primeras páginas del libro cuando relata que la transmisión del partido amistoso que disputó la selección argentina contra su par de Polonia el 24 de marzo de 1976 quedó exceptuada de la cadena nacional que transmitía la sucesión de comunicados que marcaban el inicio de la dictadura y el fin de la libertad política de los argentinos.

Además, la dictadura aprovechó la organización del Mundial de Fútbol en el año 1978 (la sede ya había sido designada antes del Golpe de Estado), para intentar promover un sentimiento de unidad nacional y para montar una fachada que sirviera como vidriera internacional para lavar la imagen del gobierno.

Sin embargo, la organización del Mundial y la concurrencia masiva de periodistas internacionales

inevitablemente expuso ante el mundo la cuestión de los ‘desaparecidos’ y de los presos políticos. Como ejemplo, puede verse el ya ‘famoso’ video [...] donde un grupo de madres que realizaban su marcha de los jueves en la Plaza de Mayo transmitían a la televisión holandesa un desesperado pedido de auxilio. Una de ellas suplicaba: ‘Nosotros solamente queremos saber dónde están nuestros hijos. Vivos o muertos. Angustia porque no sabemos si están enfermos, si tienen frío, si tienen hambre, no sabemos nada. Y desesperación, señor, porque ya no sabemos a quién recurrir. Consulados, embajadas, ministerios, iglesias, todas partes se nos han cerrado las puertas. Por eso les rogamos a ustedes, son nuestra última esperanza. Por favor ayúdennos. Ayúdennos por favor, [y ya casi sollozando] ¡son nuestra última esperanza!’.

Grünberg se adentra, además, en la cotidianidad de los detenidos/desaparecidos durante el Mundial y la forma en la que ese evento repercutió sobre sus condiciones de detención y sobre el de sus captores y torturadores.

Sin embargo, la relación de la dictadura con el fútbol no terminó con el Mundial y la obra también refleja lo ocurrido durante la mencionada visita de la CIDH, que coincidió con el desarrollo del Mundial Sub-20 en Japón, que también ganó la selección argentina liderada por Diego Maradona.

El Manual expone los detalles de los discursos divulgados por entonces a través de los medios de comunicación, incluyendo la distribución del conocido calco que afirmaba que “Los argentinos somos derechos y humanos”.

El libro aborda, también, los aspectos necesarios de la colaboración de sectores no militares para el ejercicio del poder de la dictadura pero, también, para la ejecución de su plan criminal y su plan económico.

Como ejemplos de ello cita la relación con los empresarios que se beneficiaron del liberalismo económico y la política no-intervencionista del Estado, que derivó en una liberación general de los precios y la eliminación de negociaciones paritarias entre empleadores y trabajadores con la consecuente reducción de los salarios.

Sobre el tema, Grünberg destaca que

al margen de los fríos números y del brevísimo resumen que antecede, al eliminarse las conquistas sociales de la clase trabajadora, dejar de lado toda política económica que procurara una equidad distributiva de la renta (lo que se suele llamar como el ‘reparto de la torta’) y producirse una fuerte caída de los salarios (que entre 1976 y 1978 fue de aproximadamente un 40%), es evidente que los militares y sus socios civiles debieron recurrir al terrorismo de Estado para disciplinar a la sociedad en general.

Ahora bien, la colaboración de muchos empresarios con la dictadura no se limitó a los beneficios económicos obtenidos sino que, para aportar al disciplinamiento social, muchas empresas “entregaron” a trabajadores, delegados y representantes sindicales quienes luego fueron secuestrados, torturados y desaparecidos por el gobierno.

El autor también aborda la relación entre la dictadura y el Poder Judicial en cuanto a la inactividad de los jueces frente a los reclamos presentados por familiares de detenidos/desaparecidos, la irregularidad en el trámite de las investigaciones sobre hechos en los que aparecían cuerpos acribillados con signos de tortura y, finalmente, en la complicidad para favorecer la apropiación y sustitución de identidad de niños separados de su familia, muchos de quienes todavía son buscados intensamente por las Abuelas de Plaza de Mayo.

Por otro lado, la obra desarrolla la relación entre la dictadura y la Iglesia católica. En especial con las altas autoridades de la Conferencia Episcopal Argentina, quienes “además de apoyar y convalidar el golpe de Estado, tuvieron durante la dictadura plena conciencia y conocimiento de los secuestros, las detenciones ilegales, las torturas, los asesinatos y desapariciones de miles de personas”.

Al respecto describe casos puntuales y también menciona que otro sector de la Iglesia identificado como “progresista” fue objeto de represión y de terrorismo por parte de la dictadura, lo que se tradujo en el asesinato y la desaparición de sacerdotes y monjas.

Otra de las alianzas sobre las que trata el libro se refiere a los aspectos de la educación y la cultura, ya que la “Reorganización Nacional” planteaba la necesidad de reorganizar la cultura y la educación. Así se designaron nuevas autoridades e interventores en las oficinas públicas encargadas del área educativa y se implementó la “Operación Claridad”, consistente en un sistema de inteligencia en las escuelas

primarias, secundarias, institutos terciarios y universidades para detectar maestras, profesores y personal no docente que pudieran ser “real o potencialmente ‘agentes terroristas’ dispuestos a ‘desviar’ las creencias y la ‘escala de valores’ de [las] infancias y [la] juventud”.

Además el libro describe el sistema de censura de obras literarias, cine y teatro y las quemaduras de libros masivas que se llevaron a cabo.

La obra contiene un capítulo completo destinado a explicar las implicancias del Plan Cóndor (acuerdo represivo regional concertado entre los gobiernos dictatoriales de Argentina, Chile, Uruguay, Paraguay y Bolivia, al que luego se incorporó, parcialmente, Brasil, y más tarde Perú y Ecuador) y a describir hechos concretos ejecutados a través de la colaboración de los Estados mencionados.

4. Opinión y conclusiones

El Manual me resulta indispensable como una síntesis útil para conocer y para divulgar la violencia, los antecedentes, la motivación y las consecuencias del terrorismo de Estado en la Argentina durante la última dictadura.

La falta de estudio sobre nuestra historia nos condena a repetirla. Este libro pone en evidencia cómo las mismas recetas aplicadas reiteradamente desde aquella dictadura hasta nuestros tiempos, sólo han generado más violencia, más pobreza y una crisis económica crónica incompatible con las posibilidades productivas de nuestro país, que sólo se puede explicar por la aplicación de políticas económicas que se venden como novedosas pero que se repiten desprotegiendo a los sectores más vulnerables de la sociedad para favorecer a los especuladores y a los explotadores de las riquezas y de los trabajadores.

Como reflexión final creo interesante destacar un apartado del texto que se refiere a la ausencia de intervención judicial en las detenciones y las desapariciones. Desde antes de la dictadura se formaron en Argentina agrupaciones armadas que, sin lugar a dudas debían ser detenidas para mantener la paz en el territorio de la nación.

Ahora bien, a la hora de determinar la incidencia de esas agrupaciones sobre la política y sobre las posibilidades operativas de contenerlas, las fuerzas represoras de la dictadura sumaban alrededor de 200.000 hombres contra una estimación de no más de 2000 militantes de las organizaciones armadas ERP y Montoneros.

Ante esa clara superioridad numérica a la que deben sumarse el poder y los medios del Estado, la lógica civilizada que debió imperar hubo de ser la mencionada por Ernesto Sábató en el prólogo del informe final de la CONADEP, “Nunca Más”: “mediante los tribunales ordinarios, ofreciendo a los acusados todas las garantías de la defensa en juicio”. En su lugar, en nuestro país “a los delitos de los terroristas, las Fuerzas Armadas respondieron con un terrorismo infinitamente peor que el combatido, porque desde el 24 de marzo de 1976 contaron con el poderío y la impunidad del Estado absoluto, secuestrando, torturando y asesinando a miles de seres humanos”.

El gobierno, aunque dictatorial, tuvo a su alcance la posibilidad de perseguir, identificar, detener y juzgar legalmente a las personas responsables de los actos que decía reprimir, pero optó por desplegar el aparato de violencia más sangriento que ha visto la historia argentina.

El Manual de Grünberg pone en evidencia la violencia, el terror y la responsabilidad del gobierno de la dictadura en el diseño y la implementación del plan sistemático de secuestro, tortura, desaparición y asesinato de 30.000 argentinos.

Explica sus métodos y sus objetivos y, en definitiva, permite comprender por qué el autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional” constituyó un genocidio, un intento de destruir al grupo nacional argentino, su cultura, su educación y su sistema social y económico a través del terror, lo que generó una herida que hasta hoy no ha cicatrizado.